

HUMILDE, Y ALTA FORTUNA.

DISCURSO TERCERO.

§. I.

Ciegos fueron los que fingieron ciega la Fortuna, é injustos los que la figuraron iniqua. Este error ya le corrige la Religion, quando instruye de que el significado de este nombre *Fortuna*, no es otro que la Divina Providencia, la qual es toda ojos, y en todo procede con justísimos motivos. Pero aunque el error en lo esencial está corregido, no llegó el desengaño á desvanecer toda la apariencia del fundamento. Consideran los quexosos de la Fortuna desiguales las suertes de los hombres, segun la mayor, ó menor representacion, que hacen entre los demas mortales; y viendo que en gran parte esta desigualdad no es proporcionada al mérito, los impíos la atribuyen á la quimérica fuerza de el acaso: los idólatras, al capricho de una Deidad ciega; y los verdaderos creyentes, al arbitrio de una Providencia soberana.

2. Estos últimos concluyen bien, pero suponen mal. Es así que la voluble rueda de la Fortuna es manejada por mano divina, y todo movimiento suyo, ya elevando á unos, ya precipitando á otros, es arreglado con sapientísimo designio. Tambien es cierto (é importa infinito esta reflexión) que respecto de muchos, no vemos mas que la mitad de la vuelta de la rueda; porque lo restante de el círculo se absuelve en el otro mundo. Vemos que á unos los sube la Fortuna, y no los baxa: á otros los baxa, y no los sube. ¿Qué es esto? No es otra cosa, sino que en esta vida mortal no da la Providencia mas que media vuel-

ta á la rueda. En el otro emisferio se concluye el giro; y así los que aquí suben, allá baxan; los que aquí baxan, allá suben. Y esto es lo mas comun, aunque no es regla sin excepcion.

§. II.

3. **M**AS aun supuesta esta advertencia, queda apoderado de el mundo un grave, y pernicioso engaño; y es en lo que yo digo, que los mismos que concluyen bien, suponen mal. En la distribucion que hacen de felices, ó infelices, suponen una desigualdad, que verdaderamente no hay en la fortuna de los hombres. El que ocupa la dignidad, el que habita el magnifico Palacio, el que goza gruesa hacienda, mucho mas el que tiene sobre sus sienas la Corona, es reputado por un hombre felicísimo. Al contrario, el que debaxo de humilde techo, ignorado de el mundo, tiene para pasar la vida no mas que lo preciso, es considerado como infeliz. A lo menos se juzga la fortuna de este tan inferior á la de el otro, como lo es una pequeña fuente á todo el caudal de el Nilo.

4. Muy diferente fue el sentir de el Oráculo de Delfos, que preguntado por Giges, Rey de Lidia: ¿Quién era el hombre mas feliz de el mundo? le respondió, que un tal Aglao Psofidio, poseedor de poquísima tierra en un estrecho ángulo de la Arcadia, era el mas dichoso habitador de el Orbe: quedando igualmente burlado, y admirado aquel Príncipe, que esperaba á su favor el voto.

5. Agatocles fue un monstruo de la Fortuna. Habiendo nacido de un pobre Ollero de la Ciudad de Regio, llegó á ser Soberano de Sicilia. Con todo creó, que si cotejamos su fortuna con la de su padre Carcino, halláremos mas feliz á este. Ciertamente no viviría en la continua inquietud, de que fue agitada toda la vida de Agatocles; ni padecería dolor alguno tan intenso, ó de tanta duracion, como el que á Agatocles le ocasionó la muerte de sus hijos, degollados bárbaramente por sus propios Soldados.

6 Plinio en el Libro séptimo discurre en algunos capítulos por los Romanos, que experimentaron mas risueña la fortuna, como fueron el Dictador Sylva, los dos Metelos, y Octaviano Augusto; y á todos les va señalando tales contrapesos, que queda en duda si la balanza de la suerte propendió mas ácia la parte de la adversidad.

7 Sería infinito, si corriendo las Historias, quisiese sacar al teatro todos aquellos, en quienes la mano de la Fortuna alternó cruelísimos golpes con los mas tiernos alhagos. Ni esto es muy importante á nuestro propósito: pues todos me concederán desde luego, que no hay en el mundo asilo contra los rigores de el hado; ni á la mayor altura se le concedió algun privilegio, que la exceptúe de la jurisdiccion de la desgracia. Lo que conviene es, pesar una, y otra fortuna, la esclarecida, y la humilde, segun lo que en su regular, y comun estado tienen por sí mismas, prescindiendo de extraordinarios accidentes, ó favorables, ó adversos.

8 **D**igo, pues, que la Fortuna humilde, en su valor intrínseco, si no excede, por lo menos iguala la soberana. Y porque demos desde luego una prueba clara, y sólida de esta que parece paradoxá, se debe suponer como una verdad cierta, que las riquezas no constituyen á los hombres felices á proporcion de la magnitud material que tienen; si solo á proporcion de lo que se gozan, ó de la conveniencia, y deleite que causan. ¿Qué importará que el poderoso tenga presentes varios, y preciosos manjares en la mesa, si tiene perdido el apetito? No por eso se podrá decir que se regala: y mucho mejor lo pasa en quanto al gusto el que goza de grosero plato, si el paladar le abraza con cariño.

9 Lo que en el gusto, respecto de los manjares, sucede en todos los demas sentidos, y potencias, respecto de sus objetos. Sean estos quanto se quisiere delectables: la delectacion que producirán en cada individuo, se comensurará á la disposicion de el órgano. Y asimismo la ma-

yor, ó menor felicidad de el sugeto, en el uso de estos objetos se debe medir, no por la magnitud entitativa, que ellos en sí tienen, si por la delectacion que causan. Siendo esto así, si se halláre que sus grandes riquezas no les ocasionan á los poderosos mayores gustos, ni les desvian mas pesares que á los de humilde fortuna sus cortos medios, se concluirá que no son mas felices aquellos que estos, y que por consiguiente las dos fortunas son iguales.

10 ¿Pero cómo hemos de saber lo que pasa en los corazones de unos, y otros? No hay cosa mas facil. Neron edificó un Templo á la Fortuna de piedras transparentes, halladas en su tiempo en la Capadocia; de modo, que de afuera, aun cerradas las puertas, se veía todo lo que pasaba dentro de el Templo. Y la naturaleza fabricó los hombres de modo, que de afuera se vé su buena, ó mala fortuna interior, transparentándose por los semblantes, y por los labios sus gustos, y sus pesares. Mira, pues, (dice Séneca (a)) á ricos, y á pobres por el cristal de el rostro los senos de el pecho: *Compara inter se pauperum, & divitum vultus*: mas freqüentemente verás alegres á estos, que á aquellos: *Sæpius pauper, & fidelius ridet*. Aquí supone de mejor condicion á los pobres. En otra parte los dexa iguales. Observa (dice) la mayor parte de los pobres, y verás como nada andan mas tristes, y congojados que los ricos: *Primum aspice quantum major pars sit pauperum, quos nihilò notabis tristicres, sollicitioresque divitibus* (b).

11 A S. Agustin le aprovechó en gran manera la reflexion que hizo, al ver transitando por una Aldea de el Estado de Milan á un mendigo sumamente alegre, y festivo. Comparó su fortuna con la de aquel pobre. Vióle á él gozoso, á sí propio congojado: á él sin susto alguno, á sí propio lleno de temores: *Et certè ille lætabatur, ego anxius eram; securus ille, ego trepidus*. Y de aquí concluyó, que la fortuna de aquel mendigo era harto mejor que

Tom. I. del Teatro.

D3

(a) *Epist. 80.* (b) *In consolat. ad Helviam.*

la suya: *Nimirum quippe ille felicior erat* (a).
 12 Esto es mirar las cosas como ellas son en sí. Para computar la felicidad de cada uno, no se han de considerar los bienes que posee, sino el gozo que de su posesion recibe. Aunque el rico tenga siempre espléndido banquete, mas se regalá el pobre que él, si, como es lo comun, le sabe mejor lo que come. La entidad de las riquezas sin el uso, nadie dirá que sirve de cosa alguna. Es menester expenderlas para gustarlas. Es un bien este de tal condicion, que solo se goza quando se pierde. El que guarda en la arca el oro, podrá lograr alguna complacencia en la contemplacion de que le tiene á su alvedrío; pero muy inferior á la fatiga inevitable de un continuo cuidado. Discretamente cantó Horacio, que tenia por mas conveniencia carecer de tales bienes, cuya posesion está acompañada noche, y dia de el sobresalto de que un ladron los robe, de que un criado infiel los lleve, ó de que un incendio los consuma:

An vigilare metu exanimem, noctesque, diesque

Formidare malos fures, incendia, servos

Ne te compilent fugientes, hoc juvat? Horum

Semper ego optarim pauperrimus esse bonorum. Lib. I. Sat. I.

13 El azogue causa continuos temblores al que le maneja en la mina: el oro, y la plata al que los tiene en la arca. No hay duda que en el avaro es mayor el gusto de verse rico; pero tambien excede á proporcion el cuidado. Fuera de que no le satisfacen tanto los bienes que goza, como le congojan aquellos de que carece. Siempre le queda en el corazon un vacío inmenso, tan violento á su codicia, como lo es el vacío de todo cuerpo á la naturaleza; y es sed hydrópica la suya, que quanto mas bebe, mas arde.

§. IV.

14 **S**Upuesto, pues, que no hay conveniencia, sino gravamen en la precisa posesion de las riquezas, veamos

(a) *Confess. lib. 6. cap. 6.*

mos quanto puedan ser cómodas con el uso. Lo primero, si las riquezas son muy grandes para la comodidad de la vida, está por demas la mayor parte de ellas: si á quanto racionalmente se puede desear, se ocurre con pocos millares de escudos, ¿de qué servirán los millones? El que para su sed tiene la agua que basta en una pequeña fuente, para qué se meterá un rio dentro de casa? No logrará otra cosa, que concitarse el odio, ó la ira de los que ven inutilmente estancado en un individuo el caudal, que pudiera saciar la sed de todo un pueblo, y exponerse á las asechanzas que puede formar contra su vida qualquiera perverso, que de otro modo no pueda hacerse dueño de su hacienda; siendo cierto que muchos ricos, por este motivo solo, fueron víctimas, ya de el cuchillo, ya de el veneno. Así que los demasiados doblones son de peso, y no de valor para su dueño; quiero decir que no son conveniencia, sino peligro, y gravamen de la vida.

15 Pero ya que no á la comodidad, servirán al deleite. Sobre esto hay mucho que hablar. Los mas de los hombres tienen determinado el apetito á tales objetos, que con corto caudal pueden satisfacer todas sus ansias. La comida, y la bebida con regalo, la caza, y el juego con frecuencia, no han menester muchas millaradas. El que tiene puesta toda su delicia en la copa, y en el plato, ¿qué logra con el inmenso dinero, si no puede comer, y beber mas que como un hombre solo? Y si por su glotonería quiere comer como dos, presto perderá la salud, y no podrá comer aun como medio: expender el caudal en diversiones, que no lo son respectivamente á su genio, es perderle en un todo. La dulzura de la Música es el único hechizo permitido que hay en el mundo. ¿Pero de qué sirve á quien no gusta de ella? A Anteo, Rey antiguo de la Scythia, le presentaron sus vasallos, como una gran cosa, á Ismenias, famosísimo Músico Thébano, á quien habian cogido prisionero en la guerra; y despues de oírle un rato, dixo, que mejor le sonaban los relinchos de su caballo, que todos los tañidos de Ismenias. Ni

se entienda que esto solo cabe en un genio bárbaro. No solo los tygres huyen de la lyra; aun muy cultivados espiritus cierran los oídos á este encanto, como los áspides. De Justo Lypso se cuenta que aborrecia la Música, y tenia puesta toda su recreacion en flores, y perros. Muchísimos hombres son insensibles al alhago de la armonía; y de los que restan, los mas se complacen en una Música grosera, que se encuentra de valde, ó muy barata. Lo que se dice de la Música, es general á otras diversiones. ¡Quántos hay que no pueden sufrir aun el trato comun con las mugeres! Las flores, que son el mas hermoso parto de la naturaleza en lo insensible, y que visten al campo con mas gala que á Salomon toda su gloria, á algunos son no solo ingratas, pero nocivas. Hubo sugetos á quienes hacia caer en deliquio la fragancia de la rosa: y el Cardenal Esfrondati en su Curso Filosófico refiere de otro Cardenal, que todo el tiempo de la Primavera tenia guardas á la puerta de su casa para atajar que entrase ni una rosa en ella. Los espaciosos jardines son bien tibio deleite para los mas de los hombres, y para muchos ni aun tibio; fuera de que ese deleite se desfruta en el jardin ageno, no en el propio, que estando siempre á la vista, ya se mira con tedio.

§. V.
 16 **D**E suerte, que respecto de muchos individuos, todo el atractivo se incluye en objetos de corto precio. Es verdad que no por eso dexan esos mismos de amontonar, si pueden, tesoros sobre tesoros. ¿Pero para qué? Ni yo lo sé, ni ellos mismos tal vez lo saben. Es gracioso á este propósito lo que pasó entre Pyrro, Rey de la Albania, y su discretísimo Consejero, y amigo Cineas. Tratando aquel guerrero Príncipe de invadir á los Romanos, le dixo Cineas: Verdaderamente, Señor, la empresa es difícil; porque las hemós de haber con una gente marcial, y poderosa. Mas si fueren tan prósperas nuestras armas, que venzamos á los Romanos, ¿qué fruto sacarémos de esa victoria? ¿En eso te detienes? respondió el Rey. Nos ha-

harémos dueños de toda la Italia. Y despues, replicó Cineas, ¿qué haremos? Conquistarémos, respondió Pyrro, la Sicilia, que está vecina, y es facil su expugnacion. Gran cosa sería eso, añadió el astuto Cineas; pero ganada Sicilia, ¿darémos fin á la guerra? No por cierto, respondió Pyrro (que aun no habia penetrado el término donde iban á parar estas preguntas): despues de conquistada Sicilia, nos entrarémos en la Africa, y poseerémos á Cartago, con los Reynos adyacentes. Los Dioses quieran, prosiguió Cineas, concederte tanta dicha. ¿Y despues en qué nos hemos de ocupar? Volveremos, dixo Pyrro, con inmenso poder á nuestra patria, y conquistarémos todo el Imperio de la Grecia. Y conquistada toda la Grecia, replicó Cineas, ¿qué hemos de hacer? Llegando ese caso, respondió Pyrro, pasarémos el resto de nuestra vida en dulce, y alto ocio, sin pensar en otra cosa que en banquetes, y conversaciones festivas. Aquí Cineas, que ya habia, sin sentirlo él, metido al Rey en la red, riéndose le dixo: ¿Pues, Señor, quién nos quita gozar desde ahora de toda esa felicidad? ¿Para lograr banquetes, y todo género de regalos, no basta el Reyno que hoy poseeis? ¿A qué fin se han de conquistar Provincias, surcar los mares, gastando la salud en las fatigas, y exponiendo la vida en las ondas, y en las batallas?

17 Este razonamiento, que es sacado casi á la letra de Plutarco, viene bien, no solamente á aquel Príncipe ambicioso; mas tambien á otros hombres infinitos, que juntando mas, y mas riquezas, á costa de peligros, y afanes, ó no saben á qué aspiran, ó por un vicioso, y errado círculo, aspiran á lo mismo que ya poseen. Discretamente rebatió el orgullo de Filipo, Rey de Macedonia, Archidamo III. Rey de Esparta. Habiéndole vencido aquel á este en una batalla, le escribió una carta llena de arrogancia, y fiereza. Respondióle Archidamo, que se pusiese al Sol, y vería como su sombra no era mayor despues, que antes de la victoria. Es así que se engrandece la fortuna, sin añadir nada al sugeto.

§. VI.

18 **A**quellos á quienes domina la ambicion, y la codicia, trastornan la naturaleza de las cosas, colocando el fin en el mismo medio. Quieren tener mas, solo por tener mas; y dominar mas, solo por dominar mas. ¿Pero que sucede á estos? Que siempre son desdichados; porque la hambre, y sed que padece su genio, siempre está en el mismo estado, ó va cogiendo nuevo aumento. La carga de honores, y riquezas en el corazon humano, hacen lo que las pesas en el relox, que quanto mayores son, tanto aquella máquina se mueve con mas violenta inquietud. Succesivamente va desplegando la pasion mayores senos, así como va llenando los primeros vacios. Al principio se contenta su sed con la fuente: despues, hydrópica, busca el rio, y tras de el rio el océano: *Ecce absorbebit fluvium, & non mirabitur.* Alexandro en sus primeros desig- nios no miraba mas que á destruir á Thebas, y conquistar la Tracia, y el Ilyrico: ya que lo logró, se le pone en la cabeza el Imperio de la Asia; y quando tuvo este en buen estado, llora afligido, oyendo decir á un Filósofo que hay muchos mundos, porque ya no se satisface su ambicion con la conquista de uno solo. Lo que hizo cantar á Ju- venal:

Unus Pelleo juveni non sufficit orbis.

19 Los que buscan las riquezas para el uso, y las aprovechan en el deleite, parece que son de mejor condicion en quanto á la conveniencia temporal. ¿Cómo se le puede disputar la felicidad á quien siendo dueño de grandes tesoros, los hace tributarios de sus apetitos? Así lo juzga el mundo, y el mundo se engaña. Hable en la materia el hombre mas capaz que jamas hubo en el mundo, para dar la sentencia por su experiencia propia. No hubo en la tierra hombre mas rico, ni aun tanto como Salomon. Ninguno expendió mas pródigamente las riquezas en las delicias, con la circunstancia de que su gran sabiduría, y comprehension de la naturaleza, le advertia de los modos mas oportunos con que podian alhagar, y servir los objetos á

los

los sentidos. El mismo confiesa que lisonjeó sus pasiones, dándoles quanto su voracidad pedia: *Omnia quæ desideraverunt oculi mei non negavi eis: nec prohibui cor meum, quin omni voluptate frueretur.* ¿Y qué halló en ese piélago de delicias? No mas que aguas amargas. En todo encontró vanidad, y affliccion de el ánimo: *Vidi in omnibus vanitatem, & afflictionem animi.* En tanto grado, que llegó á tener tedio de vivir: *Idcirco tæduit me vitæ meæ.*

20 Esta es la alta, y esclarecida fortuna, y tan alta, que ningun hombre la logró mas sublime. Pregunto ahora: Si el hombre mas mísero de el mundo puede ver puesto su corazon en mayor congoja, que quando llega á padecer tedio de su propia vida? Sabemos que Job no usó de otra expresion para manifestar la profunda agonía, que le ocasionaba su singularísima calamidad: *Tædet animam meam vitæ meæ.*

21 Lo que dice Salomon es infalible, pues tiene recibido aquel Libro por Canónico la Iglesia. Pero se debe confesar, que así como es verdad de Fe, tambien parece mysterio; porque ¿cómo cabe tanta amargura en la mayor delicia? Este enigma no quiso descifrarle Salomon, aunque tenia tanta facilidad en descifrarlos. Veamos si acierto yo con ello; y pienso que sí.

§. VII.

22 **L**O primero asiento, que el que goza mas delectes, es el que goza menos, y aun se puede decir, que ninguno goza. Mas este es otro enigma mas difícil. Ya saldré de uno, y otro. Pregunto: Tienen deleite el que come sin hambre, y el que bebe sin sed? Todos me confesarán, que poco, ó ninguno. Pues de este modo gozan los objetos delectables aquellos poderosos, que tienen la rienda siempre floxa á todos sus apetitos. Anticipan á los apetitos los objetos. No espera el manjar á la hambre, ni la bebida á la sed, ni aun la torpeza á la concupiscencia. ¿Pues qué, usan de aquello mismo que no apetecen? A los principios no: en los progresos, y en los

fi-

finés sí. El poderoso que se entrega á los deleites, muy luego empieza á adquirir un hábito de glotonería en todas sus pasiones, por el qual, dentro de poco tiempo, se tira al objeto al primer asomar de el apetito. Aun no espiró de el todo la saciedad antecedente, ni empezó á vivir sino en embrion el nuevo deseo, quando se entrega á nueva hartura; y como en aquel punto está muy tibia la concupiscencia, no puede menos de ser muy remisa la delicia. Este hábito, con la inmensa repetición de actos, va cobrando cada dia mas, y mas fuerzas, hasta que ya impele á beber el vedado licor, aun quando no hay alguna sed. Y veis aquí, que en llegando á este estado, sin ningún deleite la salud se estraga, y la vida se abrevia.

23 Aun no he explicado todo el mal. Lo peor es, que se junta la saciedad con la hambre. Si digo, que tanta hambre tiene el poderoso harto, como el pobre hambriento, se creará que propongo nueva paradoxa, ó por lo menos nuevo enigma. Y con todo diré la verdad. El pobre hambriento tiene hambre de el manjar: el poderoso harto, tiene hambre de la misma hambre. El menesteroso, á quien falta lo preciso, apetece el alimento. El guloso, que después de lleno el vientre, ve cubierta de regalos la mesa, apetece el mismo apetito. Aquel se acongoja porque le falta lo que necesita; este porque no puede gozar lo mismo que tiene. Y poca diferencia hay para el dolor, entre estar sediento de agua, ó estar hydrópico de sed.

24 Esta ansia depravada, llama que se levanta sobre las cenizas de otro fuego, último desorden de la concupiscencia, ó concupiscencia de la parte superior de la alma, trabajó mucho á aquellos, que logrando lo mas alto de el poder, llegaron á la cumbre de la perversidad. Todo era discurrir irritativos al apetito, condimentos á la torpeza, extravagancias al gusto. Buscando lo exquisito, topaban con lo monstruoso. Heliogábalo llega á hacer banquete de crestas de Gallos. Neron exerce su lascivia cubierto de pieles de fieras; bien que este era el hábito mas propio para aquel bruto. Tan extravagantes fueron las abominaciones

nes de otros Emperadores, que ni en el transcurso de tantos siglos, ni la fragancia de tantos Santos, apenas ha dissipado en Roma la hediondez de los Príncipes de aquel tiempo. Pero con toda esta solicitud, qué conseguian? Nada, sino aumentar la violencia del hábito, para que se exercitase aun con fastidio. El deleite entretanto andaba fugitivo, como el agua de Tántalo, por mas que parecia que se tenia entre las manos; siendo medio para no lograrle la nimia anticipación á cogerle. Solo se ganaban inquietudes para el espíritu, enfermedades, y dolores para el cuerpo. Y es bien de notar, que todos aquellos que se dieron á la glotonería, y á la lascivia, se hicieron melancólicos, desabridos, y tétricos; por donde raro Príncipe se encuentra en la Historia gloton, y lascivo, que no fuese juntamente cruel. Algunos llegaron á enfadarse de sí mismos, como el Segundo Apicio, que después de ingurgitar dos millones y medio, se quitó la vida con el lazo. ¿Qué fue esto sino hallar vanidad, y aflicción de el espíritu entre los mayores alhagos de la Fortuna? ¿Por ventura andan tan desazonados, y enfadadizos los mismos pordioseros?

David, siendo anciano, no podía parar de llorar, por mas que se cubriese de tocidos. **§. VI. Lo que se cubriese de tocidos.**

25 **V**erdaderamente yo he seguido hasta ahora el cotejo de una, y otra fortuna por la parte mas difícil; esto es, trayendo al paralelo la mas elevada con la mas abatida, la soberanía con la mendiguez. No intentaba tanto, quando empecé á escribir este capítulo: pero voló la pluma, sin sentirlo yo, ácia el extremo de los dos extremos. No era menester tanto. Mas ya que está hecho, tenemos de el primer encuentro toda la dificultad vencida; porque si el que está debaxo de los pies de la Fortuna iguala al que pisa lo mas alto de su rueda, con mas razon igualará el que con estrechez tiene lo preciso, al que con opulencia goza lo sobrado.

26 El caso es, si lo hemos de decir todo, que no solo iguala, pero excede. Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico mas comodidades, y padece menos incomodi-

dades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al rebés. Tiene el rico, vario, precioso, y abundante plato; pero saboréase en él mas que el pobre con el común, y tosco? Ni aun tanto; porque en este, la apetencia con que se sienta á la mesa, recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa á las abejas de la Lithuania, País rudo, y desabrido, no tener tan hermosas, y odoríferas flores, como las abejas de otros Países, si de esas mismas ingratas flores sacan la mas hermosa, y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿pero duerme mas, y mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que este siempre se levanta alegre, y gozoso; y aquel muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¿Quántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el Rey Asuero, por no poder dormir, se divirtió con los Anales de su Reyno! Defiéndose el rico con tapices, afelpados vestidos, y gruesas paredes, de los rigores del frio; pero observa, que con todo se queja mas de la destemplanza de la estacion dentro de su Palacio, que el Pastor cubierto de pieles en el Monte. David, siendo anciano, no podia parar de frio, por mas que se cubriese de ropa; y con mucho menos abrigo algunos ancianos Labradores hacen burla de los yelos. Verás á cada paso al poderoso temblando, con vivo resentimiento de el frio; siempre que se ve precisado á dexar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente comun alegre por la calle. Lo mismo sucede en el Estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse á salir de un quarto baxo; quando el comun de el pueblo, con intrépida desenvoltura, acude á quanto se le ofrece. Así que se puede decir de sus riquezas, lo que Dionysio de Sicilia dixo de la capa de oro, que tenia la Estatua de Júpiter, como motivo para despojarle de ella; que mejor era una capa de paño, porque la de oro en Invierno no quitaba el frio, y en el Verano agoviaba con el peso. Habita el rico en anchuroso, y aliñado Palacio, y nunca contento, piensa en extenderle, ó mejorarle; pero al pobre ni siquiera le ocurre en todo

el año que su habitación es estrecha. Y yo creo que las mejores casas, que hay en el mundo, son las de Madagascar, Isla del Mar de Etiopia, que son las mas pequeñas. Forman aquellos Bárbaros sus habitaciones tan estrechas, y aliviadas de peso, que entre quatro hombres toman una casa acuestas, y la mudan adonde quieren: por lo qual tienen la conveniencia de mudar las poblaciones, segun les está mejor, á estos, ó aquellos sitios. Y por la misma razon me parecen los mejores baxeles de el mundo los Barcos de los pescadores de la nueva Zembla, que forman de costillas, y pieles de peces, tan ligeros, que quando se ven perseguidos en el Mar, huyendo á tierra, no solo escapan la persona, mas tambien el barco, llevándole sobre sus espaldas sin mucha fatiga.

27 Viste el rico delicada Holanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oiste quejarse algun pobre de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo el dia; pero no observarás mas triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio: antes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando, y chanceando, su tarea. Acabada esta, el descanso no es un ocio insípido, como el de el rico, sino un dulce reposo; y despues, con blando, y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no exercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama. De modo, que se puede decir, que el pobre trabaja de dia, y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace en caballo, ó en carroza, y el pobre á pie. Sin embargo, el rico tiene mucho mas que sentir en ella; ya la inclemencia de el tiempo, ya la incomodidad de la posada, ya la dureza de el lecho, ya la falta de regalo. El pobre hecho á todo, nada estraña; y así de nada se duele. Yo en mis viages he notado, que siempre el mozo de á pie que me asistia, sentia mucho menos que yo las incomodidades de el camino. Pues añádase á esto el susto de los ladrones, á quienes el pobre

no tiene por que temer; quando al rico, tras de cada tronco que hay en el camino, se le representa un salteador. 28. Si se quieren pesar los placeres de uno, y otro estado, no hay mas que atender á la advertencia de Séneca, citado arriba: *Inspice pauperum, & divitum vultus.* Verás á los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bayles, qué francamente risueños! qué sinceramente gozosos! *Sapius pauper, & fidelius ridet.* Al contrario á los ricos, verás en los mismos festejos no pocas veces fastidiosos. Al lo menos no brilla tan puro el placer en sus semblantes.

29. Todas estas desigualdades nacen de un principio general. Y es, que la naturaleza dexada á su genio, se contenta con poco; pero si la hacen al melindre, se forma en ella una dama descontentadiza, que todo lo apetece, y todo lo desdeña. Un corazon humano con tres ventriculos, es monstruosidad, que ya se ha visto, y fue presentado en la Academia Real de las Ciencias de París el año de mil seiscientos noventa y nueve. Pero hablando en sentido moral, y político, es esta una monstruosidad, que cada dia se ve. El corazon de el hombre, por su naturaleza, no tiene mas que dos senos; pero si llena estos de bienes temporales, sucesivamente se van abriendo otros, y otros sin término alguno. Para nadie es deleite, ó regalo aquello que no considera tal; y nadie considera como regalo aquello que acostumbra, ó que es proporcionado á su propia esfera. Por esto el manjar delicado es delicado para el que usa alimentos comunes; mas para el que está hecho á manjares delicados, es lo delicado comun; y así apetece ya cosa mas exquisita. Aun la misma variedad, para quien acostumbra variar cada dia los objetos á sus antojos, pierde todo el hechizo que al principio tenia. Mucho mas se deleita el pobre, viendo en su mesa un Pez de los comunes, que el Romano Cayo Hirio comiendo sus regaladísimas Murenas; y mas gozoso está quando agrega á su heredad un palmo de tierra, que Alexandro quando añadió á sus conquistas la Ciudad de Tyro.

§. IX. 30. SI cotejamos los pesares de uno, y otro estado, como hemos cotejado los placeres, hallaremos que el mayor peso de ellos carga sobre los poderosos, ya por la mayor sensibilidad de los sugetos, ya por la mayor magnitud, ó multitud de los trabajos. Son los ricos de un temperamento delicado, que de qualquier ayre se ofende mucho; ó como formados de un metal sonoro, que á qualquiera leve golpe da gran quexido. Parécense á un pozo que hay en Chiapa, Provincia de la Nueva-España, donde arrojando una pequeña piedra, levanta horrible tempestad. De aquí son aquellos furores de los poderosos por levísimas causas. El Sultan Mahometo Segundo tomó tan bárbara rabia, viendo que le faltaba un melon de su jardín, que hizo abrir el cuerpo á catorce Pagés, para saber quién le habia comido. Y Othon Antonio, Duque de Urbino, mandó quemar vivo un criado suyo, solo por haberse descuidado en despertarle á la hora señalada.

31. Son mas tambien en el número los trabajos de los poderosos. Quanto mas abulta el cuerpo de un hombre, tanto mas tiene donde le hiera el enemigo; y quanto mayor es la amplitud de la fortuna, tanto mas hay donde hiera la adversidad. Son los ricos torres elevadas, y los pobres chozas humildes; y el rayo mas veces descarga en la torre su furia, que en la choza. Uno de los mayores males que hay en lo temporal, si no el mayor de todos, es la salud quebrada; como el mayor bien, la salud robusta. Y no tiene duda, que en igualdad de temperamento, mucho mas sano es el pobre que el rico; porque este con los excesos se estraga la salud; y aquel se la conserva con su sobriedad. ¿Qué le valdrán al poderoso, doliente de la gota (enfermedad que rara vez acomete á los pobres), todos sus tesoros, si no puede con ellos remediar el mal, ni aun conseguirse algun sincero placer? Pues mientras dura el insulto, padece los dolores; y en pasando, los sustos de nuevos acometimientos. Aunque por todos los ricos pronunció Salomon aquella sentencia: *Quid prodest*